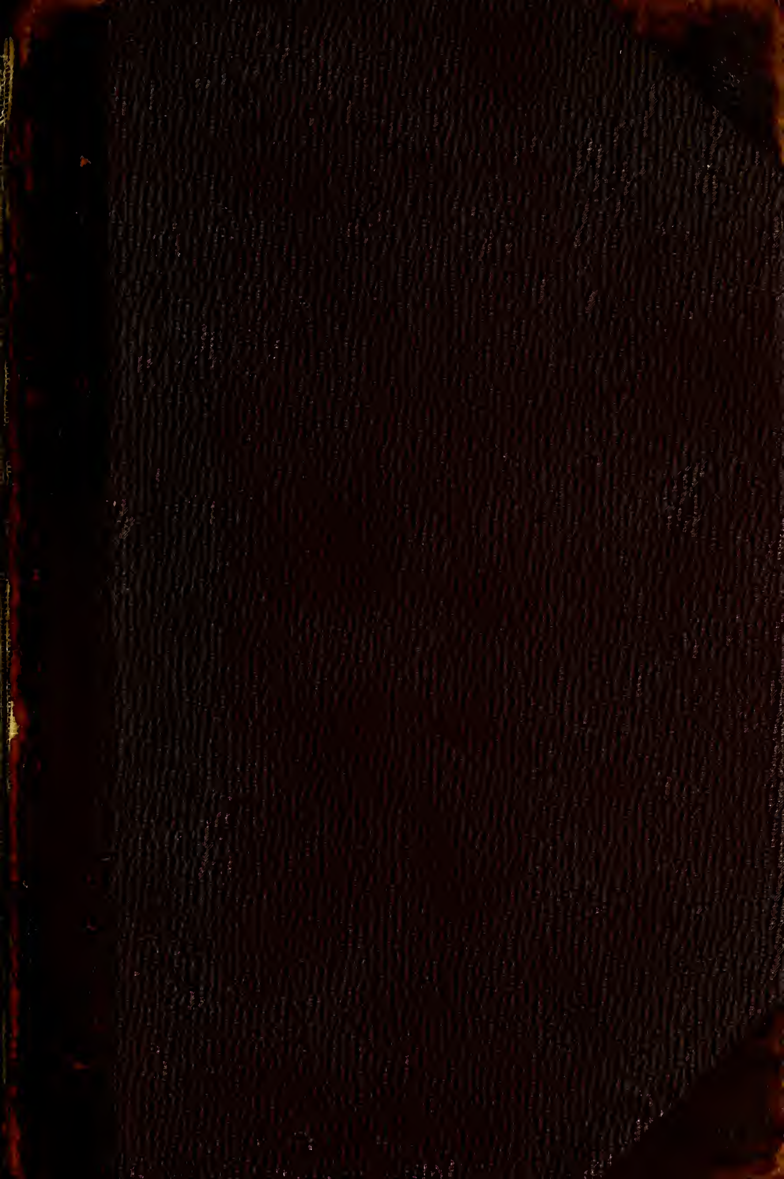


41263/A
L. LXV.
19/-

WELLCOME
HIST. MED. MUSEUM

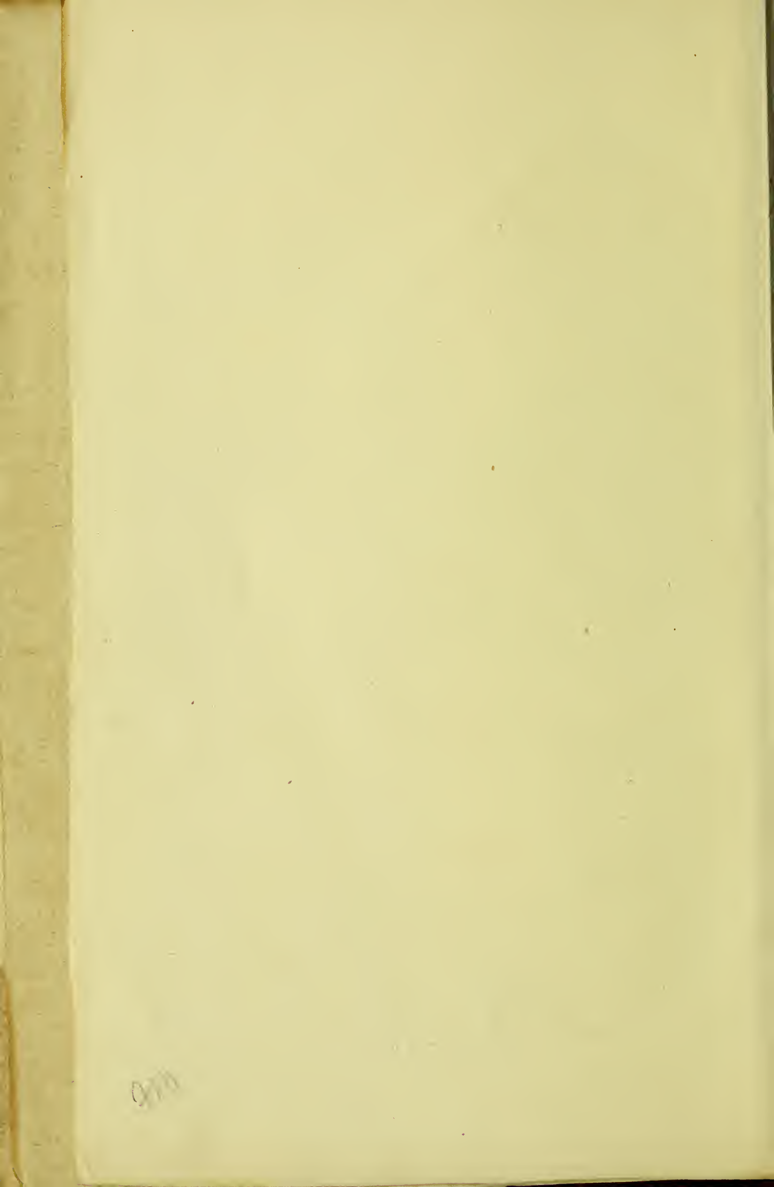
Digitized by the Internet Archive
in 2015

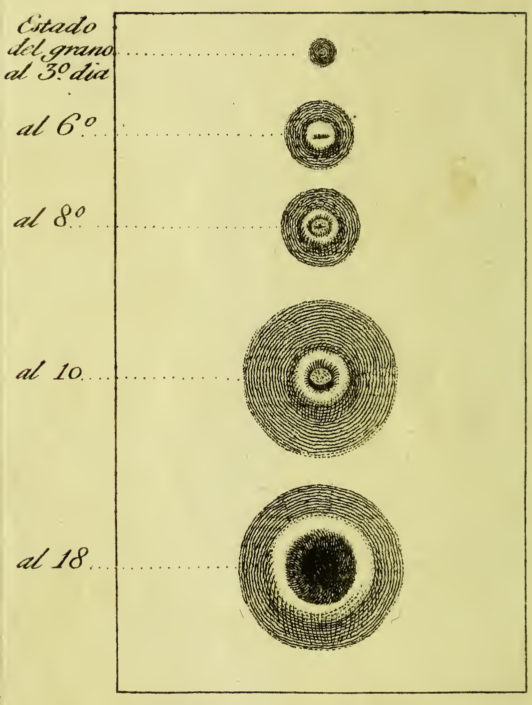
https://archive.org/details/b22020159

4

L. LXV

1801





Grano de la Viruela Vacuna, en sus cinco periodos succesivos.

LA VACUNA EN ESPAÑA,

Ó

CARTAS FAMILIARES

SOBRE ESTA NUEVA INOCULACION.

ESCRITAS A LA SEÑORA * *

POR EL Dr. FRANCISCO PIGUILLEM,
Sócio íntimo de la Real Academia de Medicina Práctica de Barcelona, del Real Colegio de Medicina de Madrid, y corresponsal de la Comision Central de Paris.

Con una Lámina fina que demuestra el grano vacuno en sus cinco periodos sucesivos.



CON LIÇENCIA.

Barcelona : Por Sierra y Olivér Martí, Plaza de San Jayme.

41917



CARTA I.

Muy Señora mia: Me da Vm. el parabien de que se hayan ya verificado en nuestra España los admirables, y tan deseados efectos, que prometia la inoculacion de la Vacuna. Lo accepto de muy buena gana, y se le devuelvo á Vm. con el mismo afecto con que le recibo. Ya le prometí á Vm., que si el haber yo tenido la dicha de ser el primero en introducir esta nueva inoculacion en España me acarreaba jamás alguna gloria; Vm. tendria en ella la mitad, que de justicia le correspondia. Yo fuí, es verdad, quien la inoculé el primero, Vm. la que quiso que sus hijos estimados fuesen los primeros en probarla; yo no hize mas que cumplir mi ministerio, deseoso de hacer un bien á toda España, y Vm. exerció un acto el mas heroico, sujetando á sus hijos á una operacion nueva y desconocida. Sí Señora, le de-

vuelvo á Vm. mil parabienes, y me tomo la parte, que me cabe, y á la que unicamente he aspirado.

Una epidemia de Viruelas terrible, y horrorosa asuela varias partes de Cataluña; donde ya se ha extendido la Vacuna por el zelo, y cuidado de los Médicos, amantes de la humanidad, y de los progresos de su arte. El contagio viroloso, semejante á un Angel exterminador, embiste, mata, destruye, y llena de consternacion á las familias y pueblos enteros; pero pasa de largo la casa de los invacunados, sin duda, porque ve en sus umbrales una señal de salud, y una boleta de sanidad.

Los niños invacunados, traviesos y curiosos van á las casas de sus amigos, que gimen en medio de los tormentos horribles de la Viruela, se acercan á sus camas, se aturden á vista de tantos granos, y comparandolos con los que ellos han tenido, reconocen desde luego la ventaja; ven muchos que mueren, y aquellos que tienen la dicha de escapar, les parecen extraños y desconocidos, pues

han mudado de semblante, y quedado desfigurados por todo el resto de su vida. Corren los invacunados precipitadamente á decir á sus madres, con la sencillez de aquella tierna edad: *Mas vale tener la Vacuna, pues no queremos morir, ni quedar feos como los que han tenido las Viruelas.*

¿Pensaba pues Vm., que si en Inglaterra, Ginebra, y Alemania habia respetado el contagio de las Viruelas á los invacunados, no habia de hacerlo tambien con los de nuestra España? ¿No somos acaso tan acreedores á este beneficio tan singular, que nos dispensa el Todo-Poderoso, como aquellas naciones, que pretenden llevarnos en todo mucha ventaja?

Yo le habia propuesto á Vm. varias veces el único medio que habia de librar á sus queridos hijos de las Viruelas, que era la antigua inoculacion; pero despues de haber escuchado atenta mis razones, me respondia Vm. con aquel agrado, que le es tan natural: es verdad, convengo con Vm. en las ventajas de la inoculacion; pero si Vm. Señor Doctor, fuese padre, creeria en la ino-

culacion, y sin embargo no inocularia á sus hijos; casese Vm., y veremos si lo hará. Solo el temor de exponer á sus hijos á un riesgo muy posible, bastaria para retraherle de una práctica, que cree Vm. tan útil y provechosa para todo el público. Con esta respuesta me hacia Vm. callar, frustraba todos mis argumentos, y me ví en la precision de desistir de mi empresa, pues no es tan facil el poder reducir á Señora, quando no la acomoda.

Habrá cosa de un año, que recibí una carta de un amigo de Paris, que se la leí inmediatamente á Vm., y decia lo siguiente: Aunque ya habrá sabido Vm. por los Diarios de la Literatura Médica extrangera, que la nueva inoculacion de la Vacuna ocupa en el dia la atencion de los médicos mas famosos de Inglaterra y de Alemania; con todo voy á darle una noticia mas circunstanciada sobre este descubrimiento admirable, que si produce los efectos que promete, será uno de los mas útiles para la humanidad, y hará época en los anales de la Medicina.

El condado de Glocester es un pays de la Inglaterra muy abundante en pastos, donde se cria un gran número de Vacas, en cuyas ubres, ó tetas les salen unas pústulas, ó granitos irregulares y azulados. Las Vacas poco, ó nada sienten durante esta enfermedad, solo que se disminuye algun tanto su leche. Esta enfermedad se llama *Cowpox*, que quiere decir Viruela de las Vacas. Como la leche es el principal alimento de aquellos habitantes, van á ordeñar las Vacas hombres y mugeres, grandes y chicos indistintamente. A los que no han tenido las Viruelas les salen unas pústulas, ó granos semejantes á los que tienen las Vacas en sus pechos, con tal que tengan algun rasguño en las manos, ó se les haya levantado por qualquier causa la epidermis, ó primera piel.

Se sabia por una tradicion inmemorial entre aquellos labradores, que los que habian tenido la Viruela de las Vacas, quedaban en lo succesivo al abrigo de las Viruelas ordinarias; pero se habia tenido esta opinion por muy estraña y ridícula como otras mu-

chas que cree el vulgo ignorante. Un famoso médico, cuyo nombre será inmortal, llamado Eduardo Jenner, que exercia la práctica en Berkeley, escuchó atento lo que decian aquellos sencillos labradores, y lejos de despreciar aquella tradicion popular y antigua, vió que el modo con que aquellas gentes contrahian la Vacuna era una verdadera inoculacion; y resolvió servirse de aquella materia en lugar de la de las Viruelas ordinarias para los sugetos que se le presentarian para inocular. Salió con esta inoculacion un grano semejante al de la Vacuna natural, y habiendoles reinoculado las Viruelas, no surtieron el menor efecto. Lo mismo sucedió inoculando Jenner las Viruelas á los que habian pasado la Viruela de las Vacas muchos años atrás. Bien seguro de sus varias y repetidas observaciones publicó Jenner su admirable descubrimiento, y aseguró que esta nueva inoculacion era infinitamente preferible á la antigua, pues con un solo grano, y sin ser acompañada del menor síntoma, que pudiese amedrentar, preservaba en lo succe-

sivo de las Viruelas; al paso que tenia la doble ventaja de no ser contagiosa, como aquellas. Esta relacion de Jenner hizo la mas viva sensacion á quantos la oyeron, y y deseosos algunos profesores de verificarla, se apresuraron á repetir las experiencias, que su autor habia empezado. Los Doctores Pearson, Simmonds, y Woodwille convencidos de la evidencia de los hechos, confirmaron la verdad de las promesas de Jenner, y lejos de querer disminuirle la gloria, que le acarreaba el haber sido inventor de tan benéfico hallazgo, le tributaron elogios, y le proclamaron por uno de los mas acreedores á la estimacion, y reconocimiento de la humanidad. Esta nueva inoculacion se va extendiendo prodigiosamente por toda Inglaterra. Añaden, que iguales sucesos ha tenido en otros paises, singularmente en Ginebra, y Viena por el zelo, y actividad de los Doctores Odier, y Decaro. Se espera de dia en dia experimentarla en Francia, de lo que daré aviso á Vm., pues sé lo mucho que se interesa en todo lo que mira al bien

de la humanidad, y á la perfeccion del arte que profesa.

¡Qué sensacion tan pronta produxo en el sensible corazon de Vm. esta sucinta y verdadera relacion del origen y descubrimiento de la Vacuna! Deseosa de librar á sus hijos queridos de las Viruelas, me acuerdo que prorrumpió con alborozo: Esa sí que es una excelente inoculacion, que yo adoptaria facilmente: ni repararia en que mis hijos fuesen los primeros en experimentarla: hubiera Vm. querido, que hubiese ya tenido entonces la materia para inocularles. Escriba Vm., me dixo, paraque se la envien, y mis hijos serán los primeros, que Vm. ha de inocular antes que se vaya á Barcelona.

Tuve singular complacencia en haber convencido á Vm., que era tan inexôrable y opuesta á la antigua inoculacion, bien que le aconsejé, que dexasemos que los médicos franceses la probasen antes, y diesen su parecer, pues como era invencion de los ingleses, luego la rechazarian, si no salia como les habian prometido; porque, aunque aficio-

nados en adoptar qualquiera cosa nueva, no llevan á bien que se les diga, que los médicos ingleses los adelantan, y les son superiores.

Prometí á Vm., que me procuraria todas las nociones posibles sobre un asunto tan interesante, y que luego de ser aprobada por los médicos de Paris, me haria venir el Virus, ó materia para inocular á sus hijos. Con todo tuve ya entonces ciertos presentimientos, de que esta inoculacion triunfaria, y seria muy bien recibida por todos los sabios de la Europa; pues, á mas de que los médicos ingleses, que la habian publicado, eran hombres bien conocidos de todos los médicos instruidos; el modo tan sencillo, con que se habia descubierto, me hacia creer en su utilidad. Vm. se acordará, que le dixe á este intento, que tal habia sido el origen, que habian tenido la mayor parte de los descubrimientos mas útiles. La quina nos vino de los Salvages, el mercurio, el opio, el antimonio, y demás remedios, que llamamos heroycos, no fueron co-

nocidos entre las disputas de los sabios, ni fruto de las combinaciones, y cálculos de algun hombre erudito. La antigua inoculacion de las Viruelas, que tanto bien ha hecho á la humanidad (aunque Vm. no esté aficionada á ella), tuvo su origen en un pueblo bárbaro, é ignorante, qual era el de la Georgia, y Circasia. Si en vez de entretenernos en sistemas engañosos, y disputas que solo sirven para hacer ostentacion, nos ocupasemos los médicos en observar atentamente los fenómenos, que presenta la naturaleza, y que los reparan mas á menudo los hombres sencillos y rudos; hariamos tal vez iguales descubrimientos al que hizo el Doctor Jenner en los prados de Inglaterra.

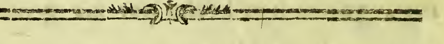
Pero no por esto debe ensoberbecerse la presumida ignorancia. Sí el Doctor Jenner hombre de talento, observador juicioso, y Médico muy apreciable no se desdeñó de aprender de la boca de los sencillos labradores las observaciones, que ellos habian hecho sobre la Viruela de las Vacas; no publicó tan útil descubrimiento sin haber repeti-

do, y variado sus experiencias; pues sabia, que el vulgo está muy sujeto á la preocupacion, y cree, y sostiene como verdades muchos errores y fruslerias. Por esto los médicos desde la mas remota antigüedad, al paso que han apreciado las observaciones, que se han hecho por las gentes ignorantes, y seguido en cierto punto un empirismo racional, han sido de otra parte los que se han opuesto con mayor teson á los errores populares, y preocupacion de las gentes.

Mas dexemos esto á parte, que iria muy largo, y pensaria tal vez Vm., que voy á hacer un elogio de la facultad, que profeso; y como á parte interesada me tendria por sospechoso. Le hablaré únicamente de la Vacuna, sin aquellos términos enredados, voces facultativas, ó thenicas, que solo sirven para fastidiar al público, y hacernos pasar á los médicos por ridículos y extravagantes. Habiendo tenido la Vacuna un origen tan sencillo, conviene hablar de ella, de modo que se haga conocer á toda cláse de gentes,

pues la verdad no necesita de adornos para presentarse en público.

Entre tanto puede Vm. disponer de mí en todas ocasiones, pues sabe que soy de Vm. su mas atento servidor.



CARTA II.

Muy Señora mia: ¡Cómo se desazonaba Vm., y reprehendia mi indiferencia y lentitud, viendo que jamás acababa de llegar la materia de la Vacuna para inocular á sus hijos! Yo, es verdad, no llevaba mucha prisa en pedirla, por mas que mi amigo me escribia, que habia llegado el Doctor Woodwille para introducir la Vacuna en Francia, pero que no habia podido pasar á Paris por no estar sus pasaportes bien arreglados. Entre tanto inoculó Woodwille á varios individuos en Boloña, de donde despues remitieron Virus á Paris, siendo el primer inoculado el hijo del Doctor Colon el dia 8 de Agosto de

1800. Yo con todo no me determiné á pedir materia de la Vacuna, aunque deseaba complacer á Vm., é introducirla en nuestro pays, por motivo de que los Españoles, aunque rayanos, somos tardos en recibir las novelerias, que se doran con el título de inventos. A primeros de Noviembre, habiendo sabido por mi amigo, que los ensayos que habia hecho una junta de médicos de Paris, eran conformes á lo que habian dicho los ingleses, y confirmaban la benignidad de esa nueva inoculacion; me determiné á pedir una porcion de aquella materia, que recibí el dia tres de Diciembre al anochecer.

¡Qué alegria no manifestó Vm. al decirle, que ya tenia la materia de la Vacuna, que habia sido tanto tiempo deseada! Vamos luego, me dixo, á inocular á los niños, ahora que van á desnudarse. Me admiró á la verdad el denuedo y valor de Vm., y sentia dentro de mí cierto movimiento de agradecimiento al ver que Vm. me entregaba sus hijos á discrecion, ofreciendomeles gustosa para esta operacion nueva y desconocida,

solo porque yo se la proponia. Estas satisfacciones, Señora, que logramos los médicos de quando en quando, suavizan los sinsabores y disgustos tan frequentes, que trahe consigo el penoso exercicio de nuestra profesion.

Toma Vm. su hijo en sus brazos, le acaricia mientras que se le hace una ligera incision, ó rasguño con la punta de una lanceta, en la que habia una gota de materia Vacuna; se está quieto el niño, ni siente lo que se le ha hecho, y viendo el tafetan inglés, que se le puso paraque no se le escapase la materia, insta él mismo paraque se le haga lo mismo en el otro brazo; y la niña zelosa de lo que se acaba de hacer con su hermanito, llora, y presenta el brazo paraque se inocule inmediatamente. Corren alegres, enseñando á todos el lugar, donde se les ha hecho la incision, y vienen otros dos de la hermana de Vm. con la misma alegria y alborozo.

No habrá Vm. olvidado, que quedamos en no decir nada hasta que la cosa fuese

clara, y se hubiese manifestado el grano; pero los niños apenas despiertan el dia siguiente, quando quieren ver el tafetan inglés, que se les puso en el brazo, y contandolo á todos los que pasan, desean desnudarle para enseñarselo. Se descubre nuestro secreto, se esparce en un instante la voz por toda la villa de nuestra nueva inoculacion. Cada uno habla á su antojo, sin entender palabra en el asunto: unos tildan á Vm. de crédula, y demasiado adicta á las voces de su Doctor; otros que va á introducirse una nueva y terrible enfermedad; mientras que algunos afectando un ayre de reserva y moderacion, caracterizan de precipitado mi modo de obrar, y apelan al tiempo para decidir.

¿Pero piensa Vm., Señora, que esto ha sucedido únicamente en Puigcerdá, y que no hay gentes en todas partes, que hablan, critican, reprueban y condenan sin conocimiento de causa? No somos, aunque metidos entre montes y nieve de los mas preocupados, é ignorantes. En Paris, en Gine-

bra, en Londres mismo habla qualesquiera de la Vacuna sin conocerla, y se desprecia y rehusa sin tomar antes el trabajo de exâminar lo que es. Aunque aprobada por los mas famosos médicos de todas las naciones, que son sus jueces legítimos, es rechazada de la multitud, y reprobada de aquellos facultativos, que blasfeman lo que ignoran, sirviendose de este medio para ahorrarse trabajo en estudiar, y combinar las razones antes de resolver.

Con todo tal es la fuerza de la verdad, que reluce en medio de las mas espesas sombras, y triunfa de los mas poderosos enemigos.

El ver que sus hijos de Vm. corrian alegres, y sin dar muestras del menor daño en medio de la nieve, y de los rigores del invierno, era el mas poderoso argumento para confundir á los que sin atender á lo que decian, habian creido que se introducia un veneno activo capaz de comunicar una nueva enfermedad, que no seria facil detener. Entre tanto solícita Vm. del buen exîto de la inoculacion haciendose sorda á todas las vo-

ces y dichos del vulgo, registra el lugar de la incision al dia quarto, y viendolo un poco roxo, y avivado, no puede Vm. contener su gozo, y me envia á buscar prontamente; felicitandome de que haya salido la cosa como esperábamos. En efecto se notó en las incisiones cierta elevacion, y un movimiento con apariencias de formarse ya el granito ó vexiguilla, que fue aumentando, y desplegandose cada dia, conservando en su centro una depresion, ú hoyo muy notable. Compareciendo al dia decimo la areola ó círculo de un color muy subido; y extendiendose poco á poco, llegó al doce á tener dos pulgadas de diámetro. Vm., que observaba atentamente todo quanto pasaba en sus hijos, reparó que estaban de noche algunos ratos algo agitados, pero sin calentura, despertando á la mañana siguiente con su natural alegria, actividad y apetito. Se alegró Vm. de este fenómeno, pues me acuerdo que dixo: Que era una prueba de que todo el cuerpo participaba del benéfico influxo de esa inoculacion, y seria un motivo mas podero-

so para tranquilizar á los que no podian concebir, cómo la Vacuna, siendo tan benigna, y limitandose solamente á la parte donde se aplicaba, podia preservar de una enfermedad universal como eran las Viruelas.

Viendo que sus hijos pasaban todo el curso de la Vacuna sin saberlo, ni dar muestras de la menor indisposicion, se presentaron algunos para ser inoculados, bien persuadidos de que iban á perder muy poco en hacerlo. Como algunos fuesen de las familias mas distinguidas de la villa, creyeron los demás en la benignidad de la nueva inoculacion, pues en todas las cosas hace mas el exemplo que las persuaciones y argumentos. Los nuevos inoculados siguieron como Vm. vió con la misma felicidad, al paso que los granos de los hijos de Vm. se secaron poco á poco convirtiendose en una costra ó escara dura y morena, que cayó al cabo de unos treinta dias.

Ya se tuvo con la segunda inoculacion una entera confianza, de que la Vacuna era benigna é inocente, pues, á mas de que

los invacunados no se privaban de la menor cosa de lo que antes acostumbraban, corrian alegres, manejaban la nieve, y en una palabra, hacian lo mismo que hubieran hecho si no hubiesen sido inoculados. Solamente podian ellos mismos quejarse de que fuese tan benigna, pues ni les dispensó un solo dia el asistir á la escuela, ni les sirvió de escusa para escaparse del castigo si no sabian la leccion.

En los pueblos inmediatos se esparció desde luego la voz de nuestra nueva inoculacion, y venian las gentes, que antes habian dudado, á ofrecer á sus hijos con la confianza de que se iba á exponer muy poco, y á ganar mucho.

Habiendose pues propagado por la Cerdaña la nueva inoculacion, emprendí mi viage para esta Capital, que tanto tiempo ha tenia proyectado. Ya vió Vm., que el dia de mi partida habiendo abierto el grano de un chiquito, que se hallaba á los once dias de su inoculacion, apliqué sobre él un pedacito de cristal, en el que se pegó una porcion de la

materia que fluía, y habiendole juntado con otro cristal del mismo tamaño, uníles con un poco de cera, paraque el Virus se conservára, así como lo habia hecho con el que me habian remitido de Paris. En la misma noche de haber llegado á esta, habiendo desunido los dos cristales, tomé una gota de agua fresca con la punta de un alfiler, desleí la materia hasta que tuvo una consistencia de aceyte, y tomando con la punta del mismo alfiler una pequeña porcion de ella inoculé á dos primos mios, que estimo sobre manera.

El curso de la Vacuna fue del todo uniforme en mis primos, como en los hijos de Vm., y demás inoculados de Cerdaña. Igualmente habia corrido sus tramites la Vacuna en Vique, donde al pasar la habia inoculado, paraque participasen de su benéfico influxo los de aquella comarca.

La nueva inoculacion iba ganando cada dia nuevos proselitos, y me pedian de todas partes materia para propagarla. He procurado satisfacer los deseos de quantos me han favo-

recido, bien que no ha sido facil servir á todos con la exâctitud, y puntualidad que hubiera deseado. Otros profesores de distincion han concurrido á propagarla.

Se habian conocido en todas partes los ensayos del Doctor Colon, que á este fin habia yo traducido, y publicado con expreso permiso de su Real Magestad, que Dios guarde; pues era la única obra, que entonces habia mas á proposito para hacerse entender de todas las gentes. Me pareció conveniente poner en ella un discurso, en el qual expusiera con toda sencillez é ingenuidad el curso benigno de la Vacuna que yo habia observado, y las noticias que habia podido procurarme, que probaban era el verdadero preservativo de las Viruelas.

Es constante, que con la mejor intencion de hacer bien á todo el mundo, no puede á veces el hombre hacerlo con la extension, y facilidad que desea. Muchos han inoculado la Vacuna, pero, ó no les ha surtido el menor efecto, ó se han amedrentado al ver algunas irregularidades, que son meramente accidentales, y que nada influyen en lo principal.

Muchos no han puesto todo el cuidado posible en asegurarse de que el Virus, que se les enviaba, estuviese bien desleído; y esta circunstancia es indispensable, pues de otro modo solo irrita la parte donde se aplica, ocasiona una inflamacion muy pronta, formandose una pústula puntiaguda, con una pequeña costra en el centro, y llenandose de una materia purulenta, ó de un sero sanguinolento, se seca con prontitud, de suerte que en siete, ú ocho dias está ya todo acabado. Por lo que no conviene inocular con hilas empapadas en la materia vacuna, pues la dan ordinariamente falsa, como notó primero el Doctor Odier de Ginebra, y se ha visto en muchos de los que han sido inoculados con este método en Cataluña. En unos se han visto algunos granos por todo el cuerpo, que duran dos ó tres dias, pero no supuran, ni son granos de la Vacuna, como erradamente se ha creido. En otros queda una costra ulcerada por algun tiempo, lo que de ordinario proviene, de que los niños se la arrancan luego que se ha formado, ó

de los unguentos y otras drogas, que se les pone para cicatrizarla. En muy pocos se ha observado inflamacion erisipelatosa, y superficial en el brazo, lo que ha atemorizado á los que la han visto, y se han apresurado á poner diferentes remedios, que no han hecho de ordinario mas que agravarla. Este síntoma es efecto de la irritacion hecha en la piel, pues hay sugetos tan delicados, á quienes no solo una picadura, sino un poco de unguento rosado, ó de aceyte aplicado sobre ella, les promueve una erisipela. A mas de que ¿no hay sugetos de aquellos, que llamamos mal humurados, que guardan un grano meses enteros, y les cuesta mucho tiempo el ver cicatrizada la mas ligera herida?

Lo cierto es, que estos, y otros síntomas, que pocas veces acompañan á la inoculacion de la Vacuna, se curan por sí mismos, siendo el tiempo el mejor medicamento. En todos estos casos por mas irregularidades y complicaciones que se hayan observado, *es preciso asegurarse si compareció la ampolla, ó vexiguilla, que le es peculiar, y que cons-*

tituye la verdadera Vacuna; pues si falta, es indispensable repetir la inoculacion. Ya ve pues Vm., que aunque tan facil de practicar esta inoculacion, pide con todo algun cuidado de parte del inoculador para asegurar que un sugeto ha sido invacunado como se debe. Yo no dudo, que algunos viviendo en una falsa seguridad, serán tal vez víctimas de las Viruelas, y darán nuevos motivos á los detractores de esta práctica saludable para calumniarla, y retraher de ella á los que no pesan las circunstancias de los hechos. Muchos vienen de lejos para hacerse inocular sin que jamás les vuelva á ver el inoculador; ¿cómo pues podrá responder del efecto de la Vacuna, que no ha visto, y asegurar que pueden vivir con tranquilidad sin temer el contagio de las Viruelas? A este fin hubiera sido muy útil, que se hubiese notado el nombre de los invacunados, y el curso de la Vacuna, librando despues una certificacion á cada uno de los que la hubiesen tenido verdadera.

Por falta de semejantes precauciones es-

toy seguro, de que será vituperada la Vacuna, quando alguno de los que se cree haberla pasado, será víctima de las Viruelas, de cuyo rigor piensa estar al abrigo. Me acuerdo haber leido, que estando persuadido el famoso Tissot, de que un niño de una señora, que él estimaba, habia sido bien inoculado por habérselo asegurado dos célebres Inoculadores, tuvo el disgusto de verle perecer entre los horrores de una Viruela maligna, lo que la hizo pasar unos dias muy tristes en todo el resto de su vida, lamentandose de haber creido lo que no habia visto. Este exemplo puede desengañar á qualquier profesor, y hacerle ver la obligacion que tiene de estar sobre sí, y no responder del efecto de las cosas, que no pasan á su vista. Yo bien sé que puedo responder que sus hijos de Vm. han sido invacunados debidamente, y por consiguiente podrán estar bien seguros, sin necesidad de huir de su casa quando alguna epidemia de Viruelas embista esos payses, y sacrifique á su furor á los que no hayan sido preservados por este medio.

Entre tanto celebraré que continuen todos tan buenos, alegres y robustos, que es el mejor testimonio de que la Vacuna no les ha alterado en nada su excelente temperamento, ni ocasionado ninguna mala resulta. Dios guarde á Vm. muchos años.

CARTA III.

Muy Señora mia: Quando los hechos repetidos publicaban, que la nueva inoculacion de la Vacuna era inocente, benigna y nada arriesgada, pasó por la imaginacion de algunos el decir, que con ella se introducia en la especie humana una nueva enfermedad, que era peculiar á los brutos. No faltó tal vez quien dixo, que debia ser severamente castigado el que habia introducido semejante inoculacion entre nosotros, pues bastantes enfermedades tenemos paraque nos vengan á regalar con otras nuevas y desconocidas. Pobre de mí; ¡y qué tal me hubieran ajustado las cuen-

tas! Todo el público hubiera podido levantarse contra mí con muchísima razon. Ese temor muy infundado ha bastado para retraher á muchos de la nueva inoculacion; pero por poco que se reflexîone, verá Vm. quan frívolo y extraño es ese reparo. En el Ducado de Glocester, donde se conoce la Vacuna de tiempo inmemorial, es regular que se hubiese manifestado aquella enfermedad, que tanto se exâgera. Los habitantes de aquel pays son robustos y firmes, no padecen ninguna enfermedad distinta de la de los demás hombres; ni mueren antes del tiempo regular. La Vaca, aquel animal tan útil al servicio del hombre, cuya carne es el único alimento de pueblos enteros, cuya leche ofrece una exquisita bebida, y su manteca una riquísima comida: la Vaca, que es el animal mas útil, pues no hay parte de su cuerpo que no sirva de provecho al hombre, hasta sus mismos cuernos y excrementos, ¿habia de infectar á la especie humana, y encerrar en sus pechos un veneno terrible y espantoso? Aquel animal, que en todos tiem-

pos ha sido compañero del hombre, y que no haciendo alarde de su grande fuerza y valor, se amansa hasta habitar en la misma pieza con los hombres, y permitir que se le ordeñe la leche que tenia reservada para su tierno becerro; ¿habia de convertirse de improviso en un animal ponzoñoso, y dar la muerte en vez del alimento y sustento?

¿No sabe Vm. Señora, que ordenamos todos los dias los médicos cantaridas, que contienen una sal caustica y venenosa; que mandamos poner sanguijuelas; que se usa todavia, aunque poco, el aplicar animales vivos en diferentes partes, como pichones abiertos por enmedio, redaños de carnero, sin que se haya soñado jamás que puedan comunicar ninguna enfermedad de las que ellos padecen? El caldo de víboras, que lo toman muchos meses seguidos los que padecen enfermedades cutáneas, ¿sienten por ventura la menor impresion del veneno activo, que contienen? ¿Y no conoce Vm. un cazador, que hace comercio del unto de tantos osos como mata, el que se emplea y sirve

para dolores, reumatismos, &c. sin que nadie rezele el que se le comunique la ferocidad de aquel espantoso animal?

Los que han soñado, que la Vacuna podia introducir en la especie humana una nueva enfermedad, que es peculiar á los brutos, me parecen á cierto autor antiguo, que escribió, que las cabras daban una leche muy mala, porque tenian siempre calentura; y esto lo probaba, porque las cabras buscan con ansia las flores de las plantas, y cogollos de los arbustos; opinion á la verdad tan ridícula, como la de los que no quieren que se crien los niños con leche de distintos animales, quando no pueden serlo por sus madres, por motivo de que no se les comunique la estupidez de la burra, ó voracidad de la vaca, ó la inconstancia, y ligereza de la cabra, cuya leche hubiesen mamado.

Y si aquella soñada enfermedad exîstiese en qualquier otra parte, que en la exâltada imaginacion de los Antivaccinistas, ¿no se hubiera dado á conocer en tantos millares de inoculados, como se cuentan en el dia en

Europa? ¿Sus hijos muy queridos que fueron los primeros inoculados en España, han perdido nada de la robustez, y excelente temperamento, que han heredado de Vm.?

Lo cierto es que el grano de la Vacuna se cura por sí mismo, sin que transcienda daño alguno al cuerpo; el enfermo come, duerme, rie, y se pasea, y rara vez padece sino alguna incomodidad, que solo exâgerada puede ser conocida. Pero con mayor gracia lo dixo Vm., quando me aseguró que mucho mas les costaba á los niños el poner un diente, que el pasar la Vacuna. Siendo pues una incomodidad tan benigna y ligera, ¿por qué se ha de temer sin fundamento, que sea causa de males nuevos, desconocidos y espantosos?

Pero aquellos que dicen que han muerto de la Vacuna, parece que prueban, que no es tan inocente, y benigna como se ha dicho. ¡Ah, Señora! los contrarios de esa inoculacion han buscado todos los testimonios, que podian favorecerles; pero no han logra-

do otra cosa que hacerla mas recomendable por los mismos medios, con que pretendian hacerla odiosa, desmintiendo los mismos que se suponian muertos de la Vacuna, las voces vagas, y rumores infundados de sus detractores. Nadie ha muerto de la Vacuna; siendo tan inocente no sabria matar á nadie. No habiendo podido citar los contrarios ni siquiera un solo caso siniestro, han andado muy cuidadosos en averiguar, si moria alguno de los que habian sido invacunados. No ha sido dificil ver cumplidos sus deseos, pues *la Vacuna no promete la inmortalidad.* Todo quanto ha prometido, lo ha cumplido fielmente.

Los que han fallecido tres meses despues de haber sido invacunados; los que han sido sufocados por una angina, ó garrotillo al cabo de dos meses de inoculados, no deben citarse como víctimas de la Vacuna, que no sabe sacrificar á nadie. Los que no habian sido invacunados han perecido igualmente al furor de aquella enfermedad. Siendo los niños en aquella edad tan tierna unos vasos

tan delicados y quebradizos, no puede la Vacuna librarles de tantas causas, que conspiran á destruirles. Promete solamente preservarles de las Viruelas, que no es poco; y esto sin causarles de ordinario ningun trastorno, ni exponerles á perderse. Todo esto lo cumple, y me parece que es bastante.

No hay duda, que la Vacuna se ha presentado, segun dicen, ligera y benigna; pero puede que los malos efectos, que se le imputan, provengan de la alianza, ó amalgama, que contrahe con otros humores depravados. No extraño que las gentes hagan esta reflexîon, quando la hacen tambien algunos médicos: esto es, de aquellos que adictos únicamente á lo que ellos llaman su práctica; no gustan, ó por mejor decir, fastidiados del estudio no quieren instruirse, y adelantar en su carrera. El Virus vacuno tiene su distrito señalado. Trabajado dentro de la vexiguilla, que le contiene, se reproduce sin mezclarse con los demás humores. Los diferentes venenos infestan diferentes humores, y dañan á ciertas partes determinadas.

Las cantaridas atacan las vias de la orina; el opio, la cabeza; el mercurio, la boca; la rabia, la saliva: por consiguiente tiene tambien la Vacuna su terreno señalado en el cuerpo, y no puede comunicarse con los demás humores. En la antigua inoculacion de la Viruela ya se sabia, que de una Viruela sacada de un sugeto mal humorado, salia en el inoculado una buena, y muy discreta; y al revés, que una de la mejor calidad producia otra muy maligna y funesta; en tanto que convencidos los mas famosos inoculadores de esta verdad, no reparaban en tomar la materia indistintamente. Me acuerdo haber leido, que un médico americano no teniendo otra materia para inocular, que la de un cadaver de un negro, se sirvió de ella, y produxo una Viruela benigna, y muy discreta.

No es pues posible, que se mezcle el Virus vacuno con otros males diferentes. Yo he invacunado con materia extraida de niños, que estaban en lo mas fuerte del Sarampion, y no ha producido sino la Vacuna.

Ya es sabido que dos estimulos diferen-

tes no pueden obrar á un mismo tiempo: pero basta; pues me voy enredando en una materia en la que hay mucho bueno que decir, y que no ignoran los hombres eruditos de nuestra facultad. Los demás tampoco lo entenderian, y así dexemoslos que vivan pacificamente en su ignorancia, y que acaben sus dias en ella.

Los mas moderados piensan que la Vacuna no es otra cosa, que la Viruela ordinaria, que ha perdido su fuerza pasando por el pecho de las Vacas, donde se ha modificado en cierto modo. Los ingleses como son muy astutos se habrán valido de esta estratagema, tal vez para engañarnos. No hay que esperar nada bueno de ellos, especialmente ahora que son nuestros enemigos; no sea caso, que nos hagan los mismos regalos que hicieron los griegos á los de Troya. Este reparo que parecerá á muchos que me lo he fingido, ha sido propuesto en los mismos términos, y con toda seriedad por un sugeto que es tan buen político como médico, y tan buen médico como político.

La Vacuna es una enfermedad distinta de la Viruela. Esta se acordaria siempre de lo que ha sido : una hydra tan cruel sacaria de quando en quando la cabeza, y se daria á conocer. En la Vacuna no hay otra erupcion, ó grano, que en el lugar de la incision: si se reparan algunos granos en lo restante del cuerpo, son pasageros, accidentales, y no contienen virtud, ó materia vacuna. Pero si alguno no convencido de estas reflexîones nó quiere creer que la Vacuna sea originalmente producida en las ubres, ó tetas de las Vacas, á no ser que vea él mismo con sus propios ojos extraerla; que no crea tampoco en la quina, á no ser que la vea coger del mismo árbol, que la da en el Perú; ni en el opio, si no lo ve destilar de la planta que lo contiene en Persia; ni en el mercurio, si no presencia quando lo encuentran en las minas de la Carolina.

A mas de que este reparo es una acusacion dirigida contra unos hombres, que tanto han merecido de la humanidad entera, singularmente contra el inmortal Jenner, que

ha sido su inventor. Si se hubiese podido sospechar, que no habia procedido de buena fe, publicando como cosa nueva, y desconocida la invencion de la Vacuna, ¿le hubiera acordado el Gobierno Inglés una pension de setenta mil libras annuales? ¿se hubiera grabrado su nombre en medallas de oro paraque pasase á la posteridad? ¿le proclamaria la Inglaterra toda por su dios tutelar? ¿y le tributarian los sabios de todas las naciones los mas debidos elogios? Despues que se ha sabido, que el Cowpox, ó Viruela de las Vacas no está estancada solamente en el Ducado de Glocester, sino que se ha descubierto en el Ducado de Holstein, en el Devonshire, y en la Lombardia, segun avisan los Doctores Stromeyer, y Sachi; ¿cómo se puede soñar, que unos hombres bien conocidos, y que viven en payses muy distantes, se hayan mancomunado para publicar una mentira, y estafar á todo el público?

Vm. crea, que la Vacuna es una enfermedad distinta de todas las demás, singularmente de las Viruelas, las que desterrará den-

tro de pocos años de toda la Europa, atendido el zelo, y actividad de los médicos, que la propagan, y de los buenos efectos, que experimentan las gentes de todos los payses. Dios guarde á Vm. muchos años.

CARTA IV.

Muy Señora mia: La misma benignidad, é inocencia de la Vacuna ha sido su mayor delito. La mayor parte de las gentes al oir contar la historia de este nuevo descubrimiento se rien, y ridiculizan al que habla, persuadidos de que se les quiere hacer creer una patraña, mientras que otros menos escrupulosos la bautizan de impostura, y charlataneria, infamando torpemente el honor de los médicos, que la han publicado, y que son tan acreedores al reconocimiento, y estimacion de los pueblos. Fortuna, que tienen la fama bien acreditada, y que su conducta es bien conocida. Un solo grano, dicen, un so-

lo grano sin calentura, sin trastornar el cuerpo, ni darle casi parte de lo que hace; ¿un solo grano es posible que pueda preservar de una enfermedad universal, y que produce tantos granos? Digan lo que quieran los acalorados patronos de esa nueva inoculacion: el entendimiento no puede concebir una idea tan singular, y la razon rehusa creer tal milagro. Siendo las Viruelas una enfermedad, que purifica nuestros humores de aquel fermento, ó semilla venenosa, que hemos heredado de nuestros padres junto con la vida, no es posible que pueda hacerse la conveniente depuracion por un solo grano, quando en las Viruelas salen tantos por todo el cuerpo.

Este es, Señora, si no me engaño, el argumento mas poderoso, que proponen los Antivaccinistas, ó por lo menos, el que he visto que tienen mas á la mano. Es preciso responderles, no hay remedio, y sino dirian que nos han confundido, y tuvieramos que abandonar nuestra causa.

Es un error creer que nosotros na-

cemos con la semilla, ó germen de las Viruelas. ¿Se horroriza Vm. Señora, al oir semejante expresion? Haga Vm. favor de escuchar mis fundamentos, ó por mejor decir, los de los mas famosos escritores, que tiene la Medicina. Se han pasado muchos siglos enteros, sin que los hombres hayan visto, ni conocido las Viruelas, sin embargo de que estaban compuestos de carne y huesos, y de la misma sangre y demás humores que nosotros. Si hubiese provenido de una semilla ó germen, hubiera pasado desde Adan á todos sus descendientes. Los Egypcios, los Judios, los Griegos, los Romanos, y demás pueblos de la antigüedad no la conocieron, ni supieron de qué color iba vestida. Los médicos antiguos no hablaron de ella en blanco, ni en negro; y á fe que fueron excelentes, y exâctísimos en pintar con los mas vivos colores todas las enfermedades que ellos observaron.

A últimos del siglo septimo se dexó ver por la primera vez este cruel azote, en el año precisamente en que nació Mahoma, y

habiendo devastado las partes marítimas de Africa, vino con los Moros á nuestra España, de donde pasó á Portugal, y á las provincias Meridionales de la Francia. Los Españoles la llevaron á América, y los Ingleses á los pacíficos habitantes del mar del Sud. Provincias enteras no la habian conocido, ni la conocen todavia. En 1764 se vió por la primera vez en Kamtchatka, y asoló á las dos terceras partes de los habitantes á quienes los furores, los vicios y las enfermedades de los Européos habian tanto tiempo respetado.

El grande Boerhaave habiendo averiguado con exâctitud la geneología de las Viruelas, y entendido bien su caracter, no dudó en pronosticar que se hallaria algun dia un específico para librar á los hombres de tan terrible azote, y algunos médicos siguiendo las huellas de aquel hombre incomparable se ocuparon en buscarle. Ha llegado por fin la época de tan útil descubrimiento, bien que por un término muy distinto del que habian sospechado aquellos escritores. En las tetas

ó ubres de las Vacas existia el antidoto: allí se encubria el secreto que ha descubierto la sencilla y cándida observacion.

No tenemos pues tal semilla de Viruelas que nazca con nosotros, así como no la tenemos de la peste del gálico, y de otros males contagiosos. El contagio hace todo su papel. Todo nos viene de afuera, nos lo dan y lo damos, se comunica por los vestidos, por los muebles, por las mercaderias. La Vacuna pues, no destruye la semilla de las Viruelas, pues no existe, sino que preserva de esta Viruela que por desgracia nos embiste. En Caracas habia mas de cien años que no habian visto las Viruelas, quando llegando un navío español infectado con el contagio, que solo las produce; acometió con furia á viejos y niños, hombres y mugeres indistintamente de todas cláses y edades. Si no hubiese llegado allí el contagio, hubieran quedado aquellos hombres libres de las Viruelas, como sus antepasados, sin que pudiesen temer que la semilla ó germen, que tanto se hace resonar, se las hiciese desplegar en su vida.

Por esto se habia proyectado, que quando en una poblacion hubiese un viroloso, se seqüestrára, y fuese llevado á algun lugar distante, para no contagiar á los demás. No han faltado médicos políticos, que han asegurado que con esta precaucion nos librariamos de las Viruelas, así como nos libramos de la peste y otros males contagiosos. Pero yo no quiero entrar en los defectos é inconvenientes de este proyecto. Solo diré, que en algunas partes han sufocado, por decirlo así, con semejantes medios una Viruela, que iba á acometer con furia á toda una poblacion ó distrito.

Pero un solo grano, un solo grano ¿cómo puede preservar de tanto mal, y de una enfermedad que á veces corrompe y hace degenerar todos los humores? ¿Cómo? ¡Ah Señora! ¿Cómo un solo grano de opio hace dormir? ¿un solo grano de tártaro emético hace vomitar? ¿un solo grano de arsenio mata? ¿un solo grano de sublimado envenena? &c. &c. &c. ¿Cómo la quina corta las calenturas, y el mercurio cura el gálico? Lo que

importa es, que los hechos sean ciertos, constantes y repetidos. El por qué, el cómo lo ignoramos. Esa es la declaracion que han hecho los médicos mas famosos, despues de haber intentado explicar la causa de los fenómenos que ofrece la naturaleza. Esta respuesta prueba el candor y buena fe de aquellos profesores tan apreciables.

No piense Vm. que falten razones para componer un libro entero, explicando este misterio, pero la mejor y mas segura es confesar la ignorancia, y cautivar el entendimiento en obsequio de la experiencia. Nuestros escritores han sido excelentes, y tan admirables como qualesquiera otros, mientras nos han dicho lo que han visto y experimentado, pero quando han querido levantar el velo é indagar el por qué se hacia esto; han sido escarmentados, y se han precipitado de la cumbre en que estaban, así como lo haria el que queriendo subir á lo mas alto de un árbol, que dexa caer excelentes frutos, se desprendiese antes de llegar á alcanzarlos. En nuestra facultad, que en ver-

dad es grande, sublime y excelente, nos sucede muy á menudo el ver los efectos, sin saber el cómo se hacen, y guardese Vm. de los médicos que pretenden saber el por qué de todas las cosas.

Lo que importa, vuelvo á decir, es que los hechos sean ciértos, constantes y bien repetidos: y que la Vacuna, que segun la relacion sencilla de los labradores de Inglaterra, preservaba de tiempo inmemorial de contraer en lo sucesivo las Viruelas; haya preservado en todos los payses, y en todos los lugares, despues que se ha introducido su inoculacion. En Inglaterra primero, luego en Ginebra, despues en Alemania, en Francia, y ahora en nuestra España han sido respetados los invacunados por el contagio de las Viruelas. Los infinitos que han sido reinoculados despues, sin que hayan tenido jamás las Viruelas; los millares que han sido expuestos de todos modos en épocas muy distintas y en diferentes partes de la Europa á su contagio muy activo, sin que se haya ni una sola vez atrevido á embestirles; son otros tantos testimo-

nios que lo arguyen, lo demuestran y lo evidencian. Sí, Señora, los invacunados quedan purificados, quedan inmunes é inaccesibles al contagio de las Viruelas, del mismo modo que Achyles quedó invulnerable, despues de haber sido sumergido en las aguas de la laguna Stygia.

Quando iba á concluir esta carta me ha ocurrido la siguiente reflexîon. Es constante que tan libre queda de contraer las Viruelas en lo sucesivo el que no ha tenido mas que dos ó tres granos, como el que ha tenido quatro. Yo he oido decir á mi madre muy querida, que no tuve mas que diez, y á fe que no temo las Viruelas mas que los que han tenido infinitos granos, cuyas señales les han quedado por toda su vida. Los antiguos inoculadores sabian que con un solo grano que saliese, quedaban los inoculados al abrigo de contraer las Viruelas. Luego no es la multitud, ni la abundancia de los granos, la que nos preserva en lo sucesivo de las Viruelas, sino cierta modificacion, cierta mutacion inexplicable, que se hace en el cuerpo

humano, en virtud de la qual el contagio no puede obrar, ni hacer impresion alguna. Pero basta, pues caeria en el mismo escollo, que he procurado evitar, y en el que se han precipitado los que han querido dar razon del cómo, y por qué se hacen estas cosas. Dios guarde á Vm. muchos años.

CARTA V.

Muy Señora mia: ¿Pensaba Vm. Señora, que los contrarios de la Vacuna habian quedado ya satisfechos, y convencidos con lo que los hechos palpables y evidentes les demostraban y repetian en todas partes? Todavia les queda un recurso, y proponen una nueva objecion, que sin duda la habian reservado para postre. Con solo quatro ó cinco años que es conocida esa nueva inoculacion, dicen ellos, ¿cómo puede asegurarse que preserva y libra de las Viruelas para siempre? ¿Quién nos asegura que no tengan las Viruelas de

aquí á quatro, seys, doce ó treinta años, los que no las han tenido ahora inmediatamente de haber sido inoculados ? Es preciso que haya habido alguna precipitacion en esa materia. Lo mejor es quedarse indeciso, suspender el juicio, y estarse en una sabia y lenta expectacion, pues el tiempo nos dirá lo demás.

Este reparo que parece á primera vista muy bien fundado y dictado por la prudencia misma, es la prueba mas evidente de lo poco que están iniciados en la historia y progresos de la Vacuna los que le proponen. Quando el Doctor Jenner vió, que los que habia inoculado la Vacuna no tenian despues la Viruela ordinaria, creyó haber hecho un grande descubrimiento, pero sabia muy bien que á veces no es facil recibir la impresion de una enfermedad, quando se acaba de pasar otra. Preguntó á los mismos labradores que le habian referido las propiedades de la Vacuna, si habia entre ellos algunos que años atrás la hubiesen pasado: se le presentan varios que la tuvieron veinte, treinta y

aun cinquenta años habia; les dice Jenner, si han tenido las Viruelas, le responden que jamás las han tenido, pues quedaron preservados con la de las Vacas que tuvieron quando niños: añaden, que han habitado, dormido y tocado á sus hijos y nietos quando las han pasado, y que no han sentido jamás la menor impresion. Les propone Jenner si quieren dexarselas inocular, ya que se creen estar tan seguros y preservados por la Vacuna, y ellos bien confiados, ó por mejor decir, deseosos de mantener la tradicion de su pays, se sujetan animosos á aquella tentativa. Se admira el mismo Jenner al ver que nada puede en ellos el virus de las Viruelas, por mas que dáte de lexos la época en la que tuvieron la de las Vacas, al paso que ellos se alegran y confirman en la opinion, que creian como un dógma de tiempo inmemorial. Repiten los DD. Pearson, Simmons, Woodwille, y otros profesores de la Gran Bretaña semejantes experimentos, todos salen uniformes, constantes, y solo sirven para confirmar los primeros.

Vea pues Vm. Señora, si la sabiduria y circunspeccion dirigieron á aquellos observadores en la indagacion y descubrimiento de la Vacuna. Les cónstaba á aquellos sabios profesores quan reprehensibles hubieran sido, si por falta de la atencion debida, ó por haberse dexado alucinar de algunos pocos hechos hubiesen procedido con ligereza en un asunto tan interesante á la humanidad entera. Pues si la Viruela no pudo morder á los que cinquenta años atrás habian pasado la Vacuna, ¿no tenemos derecho para decir, que preserva para siempre? Si expuestos de todos modos al contagio, y comunicando de todas maneras con los virolentos, han quedado respetados los invacunados en todas las épocas de su vida por mas que datase de lejos su invacunacion; ¿por qué no se ha de afirmar que es un preservativo seguro, perpetuo y no limitado?

Entre millares de invacunados que se cuentan en el dia en Europa, y de los quales una gran parte han sido reinoculados inutilmente con las Viruelas, mientras que los

demás han respirado impunemente el ayre infectado con aquel contagio ; ¿no hubíera habido uno siquiera , que no hubiese sentido la accion funesta y activa de aquella cruel enfermedad , á no haber quedado por la Vacuna purificados y exêntos para todo el resto de su vida ? Sí, Señora, los invacunados quedan libres, preservados é indemnizados para lo sucesivo , ni tienen que temer las Viruelas mas que los que las hemos ya pasado.

Pero ¿quién puede asegurar, que aquellos labradores en quienes hizo el Doctor Jenner sus primeros ensayos, no hubiesen tenido las Viruelas quando muy niños, y por consiguiente antes de contraher la de las Vacas ? Es regular que tendrian siete ú ocho años, quando empezarian á ordeñar las Vacas, y en aquella época podian ya haber pasado las Viruelas, y no acordarse.

Este reparo estriba en los mismos fundamentos, que los antecedentes, por lo que no será dificil desvanecerle. Es verdad que se necesita tener las piezas bien arregladas como suele decirse, pues no perdonan los con-

trarios á diligencia alguna para hacer su causa buena.

En cada pueblo de Inglaterra se nota en un registro, no solo los que nacen y mueren, como acostumbra hacerse entre nosotros, sino que tambien se pone el nombre de la enfermedad, singularmente de las que son contagiosas y epidémicas. Quando por exemplo en alguna poblacion de la Gran Bretaña comparece uno con Viruelas, se nota su nombre, el dia y demás circunstancias, y así sucesivamente de todos los demás que las contrahen entonces, y de este modo consta, no solo el número de muertos por aquella Viruela, sino tambien el de los que han salido felizmente. El Doctor Jenner consultó aquellos registros, y vió que no se hallaba notado en ellos el nombre de los que le habian asegurado no haber tenido jamás las Viruelas, y lo mismo hicieron los demás profesores, que quisieron repetir los experimentos del Doctor Jenner. ¿Le parece á Vm. Señora, si se ha procedido con toda la formalidad posible, quando se ha publicado el admirable descu-

brimiento de la Vacuna ? ¿Pensaba Vm. que se habian de exponer á que todo el público ridiculizase unos médicos de los mas famosos que tiene la Inglaterra, y que ya se habian hecho acreedores por otros títulos á la estimacion y aprecio de los hombres sabios?

Ellos preveían ya en sus principios las objeciones, que en todas partes se repetirian al publicar una invencion que admiraba á quantos la oían, pero tenian ya preparada la respuesta, y prevenidos todos los reparos. Por lo que no es de estrañar, que hablasen en un tono decisivo, y que asegurasen ya en los principios lo que parecia no podia hacerse sino despues de muchos años, y repetidas observaciones.

Me seria muy facil referir los casos autenticos, sacados de las obras de Jenner, Pearson y demás inoculadores, pero temeria molestar la atencion de Vm. Y para aquellos que no quieren creer sino lo que ven ó leen en las mismas obras originales, me propongo publicar un tratado completo, donde se tratará esta materia con toda extension y facul-

tativamente, como suele decirse, pues ya le he prometido á Vm. desde el principio, que no queria gastar voces enredadas, ni términos escabrosos, hablando con Vm., cuya vida guarde Dios muchos años.

CARTA VI.

Muy Señora mia: Ha visto Vm. ya nuestra inoculacion de la Vacuna, no solo inocente, benigna y nada arriesgada, sino tambien útil y muy provechosa. Véala pues, por fin triunfante de sus contrarios, recibida de todas las naciones, aprobada por los cuerpos mas sabios, y protegida por los mismos Soberanos y personas de distincion.

En Inglaterra que fue su cuna, se ha extendido con tanta rapidez, que á pesar de algunos émulos, que pretendian detener su curso, se ha hecho una práctica universal, de modo que en el dia ya quasi nadie se acuerda de la antigua inoculacion. El Du-

que de York la hizo inocular á los soldados de su regimiento, que no habian tenido las Viruelas, y el Gobierno mandó que se hiciese lo mismo con los que se destinaban á la marina. Agradecidos los médicos de la marina inglesa han presentado una medalla de oro al inmortal Jenner, paraque pase su nombre famoso hasta la mas remota posteridad. En el hospital de la inoculacion de Londres se ha substituido esta nueva práctica á la antigua, y se han enviado médicos á distintas partes para extenderla y propagarla.

El Milor Conde de Elgin, Embaxador de Inglaterra en Constantinopla hizo inocular á su hijo único para atraher con su exemplo á los demás, é introducirla de este modo en los estados de la Sublime Puerta. Lo mismo ha hecho la Condesa de Zamoriska, hermana del Rey de Polonia con su hija la Condesa de Muischek, y el Conde de la Gardie con su ahijado el Rey de Suecia. Este Soberano le escribió, aprobandole que hubiese sabido aprovecharse de una invencion, que tanto bien ha de acarrear á la humani-

dad. El Conde de Salm ha erigido en Moravia una sociedad destinada á la propagacion de la Vacuna, y ofrece dos premios á los médicos que inocularán mayor número de individuos en el decurso del presente año. El Elector de Hannover no ha perdonado á diligencias, ni gastos para extenderla en sus dominios, siendo sus propagadores Stromuyer y Balthorn. Una hija de la familia Imperial de Alemania está actualmente inoculada. De este modo los Soberanos, y las personas mas distinguidas han atrahido con su aprobacion, ó con su exemplo la multitud; esto es, á todos los que no se dexan persuadir por la razon, sino por la autoridad, y exemplo.

El Doctor Deccaro habiendo dado el exemplo inoculando sus propios hijos, la extendió en Viena, despues en la Croacia y demás partes del Imperio. El Doctor Lavater de Zurick la introduxo en Suiza, el profesor Sacchi en la Lombardia, y el Doctor Niessen de Seegber en el Ducado de Holstein.

La Vacuna ha corrido con pasos agigantados de un polo á otro, ha penetrado ya

hasta la Rusia y á los Estados Unidos de América, y aunque reciente, y casi en su cuna, tiene ya autoridad y crédito bien asegurado, pues la admirable rapidez con que se ha propagado, suple al tiempo y á los muchos años que le faltan.

El profesor Odier bien conocido de todos los sabios, es uno de los que han contribuido con mayor zelo á extenderla, pues no solo la ha probado en Ginebra, y enviado á distintas partes, sino que con sus sabios escritos la ha defendido de los asaltos de sus detractores. Este hombre sabio debe llamarse el propagador de la nueva inoculacion, pues á él debemos las primeras noticias, que de ella se han tenido en el continente, y todo quanto despues se ha observado. Los célebres editores de la Biblioteca Británica deben citarse inmediatamente con igual elogio.

El Colegio de medicina de Stokolmo adoptó ya tiempo hace esta nueva inoculacion, bien instruido de las ventajas que llevaba á la antigua. En Paris se estableció una junta compuesta de los profesores mas instrui-

dos para averiguar con la mayor escrupulosidad los fenómenos del nuevo descubrimiento, y habiendo procedido con toda la madurez y atencion posible, la han proclamado por inocente y útil; y han obligado á que se retratasen públicamente los que, ó por envidia, ó tal vez por falta de atencion habian esparcido voces para infamarla y calumniarla. El Gobierno ha mandado que se inoculasen con ella los expósitos que están al cuidado y tutela de la pátria. En el hospital de los Huerfanos, en el de la Maternidad ya no se inocula de otro modo. La sociedad de medicina de aquella capital ha señalado ciertos dias para inocular á quantos se presenten, y ha ofrecido enviar virus á quantos le pidan. En Rhems, en Nanci, en Lion, en Dunquerke y en otros pueblos grandes han seguido el exemplo de la capital, y por todas partes se han comisionado médicos para sembrar, si se puede decir así, esta semilla tan benéfica.

En nuestro Principado ha tenido iguales sucesos, que en aquellos paises extrangeros. Desde la primera inoculacion que hice el dia

tres de Diciembre del año pasado en sus hijos hasta el dia de hoy, pasan de tres mil los que han sido inoculados. En solo cinco meses ha hecho mas progresos que la antigua inoculacion en veinte años. Esto se debe al zelo y actividad de los profesores, que tanto desean el bien de la humanidad y los progresos del arte que profesan. En distintos pueblos de los Corregimientos de Vique, Manresa, Barcelona y Tarragona se ha visto palpablemente el efecto preservativo que prometia la Vacuna, quedando respetados los invacunados en medio del contagio activo y universal de las epidemias que han pasado.

De Valencia, de Murcia, de Castilla, de Extremadura, de la Mancha y otras provincias de nuestra España me la han pedido diferentes profesores, animados del mas ardiente zelo de hacer bien á sus semejantes, y de preservar de una terrible enfermedad á los pueblos, cuya salud les han confiado. De este modo han dado la prueba la mas evidente de que los profesores de España no ceden á los extrangeros quando se trata de ha-

cer bien, y de propagar algun descubrimiento, que se ha reconocido inocente, seguro y provechoso; y últimamente habiendo informado á S. R. M., que Dios guarde, el Señor Ministro de Estado actual, que seria conveniente repetir pruebas en Madrid con la Viruela vacuna, se ha servido mandar que la escuela de Veterinaria trate de producirla en las Vacas que tenga, á fin de que los médicos la puedan adquirir facilmente para comprobar su utilidad.

Aprobada, y protegida la nueva inoculacion de un modo tan extraordinario, ¿podrá temer las frívolas objeciones y reparos de los que pretenden detener su curso? Sellada con la autoridad suprema, ¿podrá dexar de extenderse por toda España, y hacer los mismos progresos tan rápidos y singulares, que ha hecho en los payses extrangeros, y en nuestro Principado? ¿Podrán dexar las gentes de todas cláses y condiciones de abrazar un método, que á mas de ser sencillo, seguro é inocente, preserva de una enfermedad horrorosa, y tan temible?

No Señora, con esta nueva inoculacion se verá destruida aquella hydra espantosa de las Viruelas, y nuestros descendientes solo la conocerán por la historia, que quedará de ella en los libros, del mismo modo que ha sucedido con la lepra, el fuego de san Anton, y otros males, que en otros tiempos eran muy comunes y funestos. Ya no tendrán que llorar las familias y pueblos enteros por los estragos, que causa aquel Herodes de la niñez, que á pocos perdona, y hace vivir á todos en un continuo sobresalto. Se acabará la deformidad, que hace pasar unos dias tristes á los que habiendo podido escapar de su furor, han quedado desfigurados por todo el resto de su vida. La hermosura quedará respetada, ni tendrá que temer los asaltos de un enemigo implacable, que le ha declarado una guerra cruel, y que hace infeliz una gran porcion del bello sexô.

La agricultura, el comercio, la milicia, la sociedad entera se verán en adelante mas florecientes, y el estado contará con quarenta mil individuos mas que sacrificaba barba-

ramente una sola enfermedad, cuyos ímpetus no podian contenerse. Casi me atreviria á decir, que esta nueva inoculacion nos ha sido dada del Cielo para compensar las desgracias y estragos, que una guerra casi universal y tan duradera, y unas epidemias tan activas y espantosas han causado entre nosotros, singularmente en nuestra España.

A esta nueva inoculacion se le podria hacer con mayor razon que á la antigua, lo que se hizo en Suecia en el año de 1754, pues, habiendo en Gotemburgo erigido un hospital para inocular, acuñaron una célebre medalla en honor de la inoculacion. En ella se veía de una parte el ara de Esculapio, y una sierpe, en ademan de ofender, con la qual se representa la enfermedad de las Viruelas, con un letrero que dice: *Sublato jure nocendi*, que quiere decir, privada de la facultad de dañar; y por la otra parte de la medalla se leía: *Ob infantes civium felici ausu servatos*; esto es, por haber preservado con un feliz arrojo los hijos de los ciudadanos, con el nombre de la Condesa de

Geers, que mereció la primera este premio, por haber hecho inocular á sus niños.

Pero entre tanto que celebrarán las glorias de la Vacuna los monumentos, que le erigen en todas partes los Gobiernos, haciendola mas recomendable á todas las cláses de la sociedad, repito á Vm. mil parabienes por haber sido la primera, que venciendo todos los reparos, y haciendose superior á los dichos y rumores del vulgo, determinó sujetar á sus hijos á la nueva inoculacion, lo que es para mí un nuevo motivo de quedar eternamente agradecido, y deseoso de corresponder con los mas vivos sentimientos; ruego al Señor guarde la vida de Vm. y de toda su familia muchos años, &c. Barcelona 12 de Junio de 1801.

Francisco Piguillem.

uo

